
La caída

Habíamos escalado ya la montaña de tres mil pies de altura. No para enterrar en su cima la botella ni tampoco para plantar la bandera de los alpinistas denodados. Pasados unos minutos comenzamos el descenso. Como es costumbre en estos casos, mi compañero me seguía atado a la misma cuerda que rodeaba mi cintura. Yo había contado exactamente treinta metros de descenso cuando mi compañero, pegando con su zapato armado de púas metálicas un rebote a una piedra, perdió el equilibrio y, dando una voltereta, vino a quedar situado delante de mí. De modo que la cuerda enredada entre mis dos piernas tiraba con bastante violencia obligándome, a fin de no rodar al abismo, a encorvar las espaldas. Él, a su vez, tomó impulso y movió su cuerpo en dirección al terreno que yo, a mi vez, dejaba a mis espaldas. Su resolución no era descabellada o absurda; antes bien, respondía a un profundo conocimiento de esas situaciones que todavía no están anotadas en los manuales. El ardor puesto en el movimiento fue causa de una ligera alteración; de pronto advertí que mi compañero pasaba como un bólido por entre mis dos piernas y, que acto seguido, el tirón dado por la cuerda amarrada como he dicho a su espalda me volvía de espaldas a mi primitiva posición de descenso. Por su parte, él, obedeciendo sin duda a iguales leyes físicas que yo, una vez recorrida la distancia que la cuerda le permitía, fue vuelto de espaldas a la dirección seguida por su cuerpo, lo que, lógicamente, nos hizo encontrarnos frente a frente. No nos dijimos palabra, pero sabíamos que el despeñamiento sería inevitable. En efecto, pasado un tiempo indefinible, comenzamos a rodar. Como mi única preocupación era no perder los ojos, puse todo mi empeño en preservarlos de los terribles efectos de la caída. En cuanto a mi compañero, su única angustia era

que su hermosa barba, de un gris admirable de vitral gótico, no llegase a la llanura ni siquiera ligeramente empolvada. Entonces yo puse todo mi empeño en cubrir con mis manos aquella parte de su cara cubierta por su barba; y él, a su vez, aplicó las suyas a mis ojos. La velocidad crecía por momentos, como es obligado en estos casos de los cuerpos que caen en el vacío. De pronto miré a través del ligerísimo intersticio que dejaban los dedos de mi compañero y advertí que en ese momento un afilado picacho le llevaba la cabeza, pero de pronto hube de volver la mía para comprobar que mis piernas quedaban separadas de mi tronco a causa de una roca, de origen posiblemente calcáreo, cuya forma dentada cercenaba lo que se ponía a su alcance con la misma perfección de una sierra para planchas de transatlánticos. Con algún esfuerzo, justo es reconocerlo, íbamos salvando, mi compañero su hermosa barba, y yo, mis ojos. Es verdad que a trechos, que yo liberalmente calculo de unos cincuenta pies, una parte de nuestro cuerpo se separaba de nosotros; por ejemplo, en cinco trechos perdimos: mi compañero, la oreja izquierda, el codo derecho, una pierna (no recuerdo cuál), los testículos y la nariz; yo, por mi parte, la parte superior del tórax, la columna vertebral, la ceja izquierda, la oreja izquierda y la yugular. Pero no es nada en mil pies de la llanura, ya sólo nos quedaba, respectivamente, lo que sigue: a mi compañero, las dos manos (pero sólo hasta su carpo) y su hermosa barba gris; a mí, las dos manos (igualmente sólo hasta su carpo) y los ojos. Una ligera angustia comenzó a poseernos. ¿Y si nuestras manos eran arrancadas por algún pedrusco? Seguimos descendiendo. Aproximadamente a unos diez pies de la llanura la pértiga abandonada de un labrador enganchó graciosamente las manos de mi compañero, pero yo, viendo a mis ojos huérfanos de todo amparo, debo confesar que para eterna, memorable vergüenza mía, retiré mis manos de su hermosa barba gris a fin de protegerlos de todo impacto. No pude cubrirlos, pues otra pértiga colocada en sentido contrario a la ya mencionada enganchó igualmente mis dos manos, razón por la cual quedamos por primera vez alejados uno del otro en todo el descenso. Pero no pude hacer lamentaciones, pues ya mis

ojos llegaban sanos y salvos al césped de la llanura y podían ver, un poco más allá, la hermosa barba gris de mi compañero que resplandecía en toda su gloria.

1944

La carne

Sucedió con gran sencillez, sin afectación. Por motivos que no son del caso exponer, la población sufría de falta de carne. Todo el mundo se alarmó y se hicieron comentarios más o menos amargos y hasta se esbozaron ciertos propósitos de venganza. Pero, como siempre sucede, las protestas no pasaron de meras amenazas y pronto se vio aquel afligido pueblo engullendo los más variados vegetales.

Sólo que el señor Ansaldo no siguió la orden general. Con gran tranquilidad se puso a afilar un enorme cuchillo de cocina, y, acto seguido, bajándose los pantalones hasta las rodillas, cortó de su nalga izquierda un hermoso filete. Tras haberlo limpiado lo adobó con sal y vinagre, lo pasó —como se dice— por la parrilla, para finalmente freírlo en la gran sartén de las tortillas del domingo. Sentóse a la mesa y comenzó a saborear su hermoso filete. Entonces llamaron a la puerta; era su vecino que venía a desahogarse... Pero Ansaldo, con elegante ademán, le hizo ver el hermoso filete. El vecino preguntó y Ansaldo se limitó a mostrar su nalga izquierda. Todo quedaba explicado. A su vez, el vecino deslumbrado y conmovido salió sin decir palabra para volver al poco rato con el Alcalde del pueblo. Éste expresó a Ansaldo su vivo deseo de que su amado pueblo se alimentara, como lo hacía Ansaldo, de sus propias carnes de cada uno. Pronto quedó acordada la cosa y después de las efusiones propias de gente bien educada, Ansaldo se trasladó a la plaza principal del pueblo para ofrecer, según su frase característica, «una demostración práctica a las masas».

Una vez allí hizo saber que cada persona cortaría de su nalga izquierda dos filetes, en todo iguales a una muestra en yeso encarnado que colgaba de un reluciente alambre. Y declaraba que dos filetes y no uno pues si él había cortado de su propia nalga izquierda un hermoso filete, justo era que la cosa

marchase a compás, esto es, que nadie engullera un filete menos. Una vez fijados estos puntos, dióse cada uno a rebanar dos filetes de su respectiva nalga izquierda. Era un glorioso espectáculo, pero se ruega no enviar descripciones. Se hicieron cálculos acerca de cuánto tiempo gozaría el pueblo de los beneficios de la carne. Un distinguido anatómico predijo que sobre un peso de cien libras, y descontando vísceras y demás órganos no ingestibles, un individuo podía comer carne durante ciento cuarenta días a razón de media libra por día. Por lo demás, era un cálculo ilusorio. Y lo que importaba era que cada uno pudiese ingerir su hermoso filete.

Pronto se vio a señoras que hablaban de las ventajas que reportaba la idea del señor Ansaldo. Por ejemplo, las que ya habían devorado sus senos no se veían obligadas a cubrir de telas su caja torácica y sus vestidos concluían poco más arriba del ombligo. Y algunas, no todas, no hablaban ya, pues habían engullido su lengua, que, dicho sea de paso, es un manjar de monarcas. En la calle tenían lugar las más deliciosas escenas: así, dos señoras que hacía muchísimo tiempo que no se veían no pudieron besarse; habían usado sus labios en la confección de unas frituras de gran éxito. Y el Alcaide del penal no pudo firmar la sentencia de muerte de un condenado porque se había comido las yemas de los dedos, que, según los buenos *gourmets* (y el Alcaide lo era) ha dado origen a esa frase tan llevada y traída de «chuparse la yema de los dedos».

Hubo hasta pequeñas sublevaciones. El sindicato de obreros de ajustadores femeninos elevó su más formal protesta ante la autoridad correspondiente, y ésta contestó que no era posible *slogan* alguno para animar a las señoras a usarlos de nuevo. Pero eran sublevaciones inocentes que no interrumpían de ningún modo la consumición, por parte del pueblo, de su propia carne.

Uno de los sucesos más pintorescos de aquella agradable jornada fue la disección del último pedazo de carne del bailarín del pueblo. Éste, por respeto a su arte, había dejado para lo último los bellos dedos de sus pies. Sus convecinos advirtieron que desde hacía varios días se mostraba vivamente inquieto. Ya sólo le quedaba la parte carnosa del dedo gordo.

Entonces invitó a sus amigos a presenciar la operación. En medio de un sanguinolento silencio cortó su porción postre y sin pasarla por el fuego la dejó caer en el hueco de lo que había sido en otro tiempo su hermosa boca. Entonces todos los presentes se pusieron repentinamente serios.

Pero se iba viviendo, y era lo importante. ¿Y si acaso...? ¿Sería por eso que las zapatillas del bailarín se encontraban ahora en una de las salas del Museo de los Recuerdos Ilustres? Sólo se sabe que uno de los hombres más obesos del pueblo (pesaba doscientos kilos) gastó toda su reserva de carne disponible en el breve espacio de quince días (era extremadamente goloso, y, por otra parte, su organismo exigía grandes cantidades). Después ya nadie pudo verlo jamás. Evidentemente, se ocultaba... Pero no sólo se ocultaba él, sino que otros muchos comenzaban a adoptar idéntico comportamiento. De esta suerte, una mañana, la señora Orfila, al preguntar a su hijo —que se devoraba el lóbulo izquierdo de la oreja— dónde había guardado no sé qué cosa, no obtuvo respuesta alguna. Y no valieron súpticas ni amenazas. Llamado el perito en desaparecidos sólo pudo dar con un breve montón de excrementos en el sitio donde la señora Orfila juraba y perjuraba que su amado hijo se encontraba en el momento de ser interrogado por ella. Pero estas ligeras alteraciones no minaban en absoluto la alegría de aquellos habitantes. ¿De qué podría quejarse un pueblo que tenía asegurada su subsistencia? El grave problema de orden público creado por la falta de carne ¿no había quedado definitivamente zanjado? Que la población fuera ocultándose progresivamente nada tenía que ver con el aspecto central de la cosa, y sólo era un colofón que no alteraba en modo alguno la firme voluntad de aquella gente de procurarse el precioso alimento. ¿Era, por ventura, dicho colofón el precio que exigía la carne de cada uno? Pero sería miserable hacer más preguntas inoportunas y aquel prudente pueblo estaba muy bien alimentado.

Las partes

Al abrir la puerta de mi cuarto vi que mi vecino estaba de pie en la puerta del suyo. Como el corredor que separaba nuestras habitaciones respectivas era de grandes proporciones, no pude precisar a la primera ojeada en qué consistía el objeto que le cubría, desde los hombros, todo el cuerpo. Una indagación más minuciosa me hizo ver una larga capa de magníficos pliegues. Pero lo que me chocó fue precisamente esa parte de su cuerpo que correspondía a su brazo izquierdo: en aquella región, la tela de la capa se hundía visiblemente y establecía una ostensible diferencia con la otra, es decir, con la región de su brazo derecho, aunque debo confesar que la cosa no era como para pedirle explicaciones. Tampoco hubiera podido hacerlo, pues mi vecino ya trasponía la puerta de su habitación imprimiendo un elegante movimiento a los últimos pliegues de la cola de su capa. Por mi parte, empecé a cavilar sobre aquella hendidura en la región del hombro izquierdo, pero no pude avanzar gran cosa en mis pensamientos; otra vez salía mi vecino envuelto en su gran capa. Miré rápidamente su hombro izquierdo, y en seguida, como es natural, el derecho. También ahora se hundía allí visiblemente la tela.

Esta vez mi vecino no me concedió el lujo de sorprenderme: un portazo me advirtió que de nuevo había desaparecido. O, mejor dicho, que aparecía otra vez; de pie, como siempre, pero un tanto envarado en la parte donde la pierna derecha se articula a la cadera; también allí la tela de la capa formaba un profundo seno. Un nuevo portazo me anunció una nueva salida: en efecto, iniciaba la cuarta. La única diferencia con la anterior venía a radicar en el punto de elasticidad, es decir, que la capa, de las caderas hacia arriba, descontando aquellas pronunciadas hendiduras de los brazos, contorneaba asombrosamente toda la anatomía de mi vecino; pero, en cambio, de las

caderas hacia abajo la tela de la capa se arremolinaba, formaba caprichosos pliegues como si debajo de ella no continuase su anatomía. Yo esperaba que un nuevo portazo me traería alguna explicación; pero si el portazo se cumplió fue para dejarme ver que ahora la tela encontraba nuevas regiones en donde arremolinarse. O sea, que toda la región que abarca la caja torácica parecía de una elasticidad tan extremada que la tela de la capa podía adoptar los pliegues más insospechados. Quedaba la cabeza, pero la capa comenzaba a caer justamente desde los hombros, o más precisamente desde la base del cuello, y, en verdad, no llovía en aquel instante, había un hermoso sol, y por otra parte, ¿no se estaba bajo un seguro techo? Sin contar que mi vecino iniciaba la séptima vuelta a su habitación y allí era de todo punto imposible la más remota inclemencia del tiempo. En lo que a mí toca, pensé lógicamente en una octava salida, pero lo cierto es que transcurrió un tiempo más largo que el empleado en todas las anteriores y no se oía el portazo anunciador. Entonces me lancé furiosamente a la puerta, le di un terrible empujón. Clavadas con enormes pernos a la pared se veían las siguientes partes de un cuerpo humano: dos brazos (derecho e izquierdo), dos piernas (derecha e izquierda), la región sacrocoxígea, la región torácica, todo imitando graciosamente a un hombre que está de pie como aguardando una noticia. No pude mirar mucho tiempo, pues se escuchaba la voz de mi vecino que me suplicaba colocar su cabeza en la parte vacía de aquella composición. Complaciéndolo de todo corazón, tomé con delicadeza aquella cabeza por su cuello y la fijé en la pared con uno de esos pernos enormes, justamente encima de la región de los hombros. Y como ya la capa no le sería de ninguna utilidad, me cubrí con ella para salir como un rey por la puerta.

El cambio

El amigo esperaba a las dos parejas. Iban por fin los amantes a reunirse en su carne, y justo es confesar que el amigo había preparado las cosas con tacto exquisito. Pero exigió, a cambio de la dicha inmensa que les proporcionaba, que todo fuese consumado en la más absoluta tiniebla y en el silencio más estricto. Así, llegados a su presencia los amantes, les hizo saber que la última cámara iluminada que contemplarían en el transcurso de su memorable noche carnal era esta que ahora los alumbraba a todos. Entonces, tras las consiguientes protestas de cortesía y las frases de estilo, se pusieron en marcha por una pequeña galería que desemboca frente a lo que el amigo decía eran las inmensas puertas de dos cámaras nupciales.

Ya el trayecto por dicha galería había sido consumado en la más definitiva oscuridad. El amigo, que no tenía necesidad del poder de la luz, les hizo saber que estaban a la entrada del paraíso humano, y que a una señal suya las puertas se abrirían para dejar paso a los eternos amantes hasta ahora separados por las inevitables asechanzas del destino.

De pronto, un movimiento de terror hubo de producirse: parece que un golpe de viento levantó rudamente la túnica de las damas, las cuales, aterrorizadas, se apartaron de sus amantes y fueron a estrechase enloquecidas contra el pecho del amigo, que estaba en el centro de aquel extraño grupo. El amigo, sonriendo levemente, y sin romper la consigna dada, las tomó por las muñecas y, obligándolas a un breve giro las cambió, de tal suerte que cada una de ellas fue a quedar en brazos del amante que no le correspondía. Éstos, como caballos bien amaestrados, aguardaban, silenciosos y tensos. Pronto el orden quedó restablecido y a una señal del amigo se abrieron las puertas y entraron por ellas los amantes trocados.

Allí, en la cámara carnal, se prodigaron las caricias más refinadas e inauditas. Guardando una gratitud y un respeto amoroso al juramento empeñado, no pronunciaron ni siquiera el comienzo de una letra, pero se cumplieron en el amor hasta agotar, como se dice, «la copa del placer». Entre tanto, el amigo, en su cámara iluminada, se retorció de angustia. Pronto saldrían de las otras cámaras los amantes y comprobarían el horrible cambio y su amor quedaría anulado por el hecho insólito que es haberlo realizado con objetos que les eran absolutamente indiferentes.

El amigo se dio a pensar en varios proyectos de restitución: de inmediato desechó el que consistiría en llevar a las damas a una cámara común para de allí restituir las, ya trocadas rectamente, a sus respectivos amantes. Solución parcial: por ejemplo, cualquiera de las damas podía caer en sospecha de que algo anormal ocurría en virtud de ese paseo de una cámara oscura a una cámara iluminada. De pronto, sonrió el amigo. Dio una palmada y llegaron al instante dos servidores. Deslizó algunas palabras en sus oídos y éstos desaparecieron volviendo poco después armados de un diminuto punzón de oro y unas enormes tijeras de plata. El amigo examinó los instrumentos y acto seguido indicó a los servidores las puertas nupciales. Entraron éstos y, tanteando en las tinieblas, se apoderaron de las mujeres y rápidamente les cercenaron la lengua y les sacaron los ojos, haciendo cosa igual con los hombres. Una vez desposeídos de sus lenguas y de sus ojos fueron conducidos a presencia del amigo, quien los esperaba en su cámara iluminada.

Allí les hizo saber que, deseando prolongar para ellos aquella memorable noche carnal, había ordenado que dos de sus criados, armados de punzones y tijeras, les vaciaran los ojos y les cercenaran la lengua. Al oír tal declaración, los amantes recobraron inmediatamente su expresión de inenarrable felicidad y por gestos dieron a entender al amigo la profunda gratitud que los embargaba.

Así vivieron largos años en una dicha ininterrumpida. Por fin les llegó la hora de la muerte, y, como perfectos amantes que eran, les tocó la misma mortal dolencia y el mismo

minuto para morir. Visto lo cual, el amigo sonrió levemente y decidió sepultarlos, restituyendo a cada amante su amada, y, por consiguiente, a cada amada su amante. Así lo hizo, pero como ellos ya nada podían saber, continuaron dichosamente su memorable noche carnal.

1944

Proyecto para un sueño

En el sueño recordé que debía llevar a mi compañero unas cartas que éste había recibido dirigidas a mi nombre. Eran aproximadamente las seis de la tarde. Al cruzar por una de las esquinas que forman la parte vieja de la ciudad, di de manos a boca con él, que también, por su parte, iniciaba su largo recorrido hasta el conservatorio de música. Lo saludé, pero casi no me contestó. Caminaba con un vigor increíble; yo lo seguí con muchísimo trabajo, y, como es de presumir, la lluvia nos mojaba bastante. Mientras corríamos, me dijo que antes debía comer algo. Le indiqué un sitio próximo, pero no me hizo caso y tomó por una dirección opuesta. Lo seguí con inmenso esfuerzo. A fin de detenerlo, le dije que estaba seguro de que las cartas eran de suma importancia. Me contestó diciendo que tanto le daba, que ya las leería un día de estos. Pero yo no cesaba de insistir en la importancia de las cartas, que sólo eran un pretexto de mi parte (no las cartas, sino su importancia; en realidad, eran pura propaganda comercial), pues todo radicaba en que yo quería interesarlo en algo, en merecer su agradecimiento, y obtener así que me pagase el café con leche con tostadas.

Dábamos las vueltas más increíbles; pasábamos por calles que la lluvia hacía casi irreconocibles. Creo que habíamos transitado todas las de aquella parte de la ciudad vieja cuando comenzamos a introducirnos en las casas: igual por una puerta que por un muro, que por una ventana. Entramos, así, en una casa con una galería complicadísima: dicha galería venía a ser como un entresuelo y su piso estaba formado por pequeños trozos movibles de madera —lo que en seguida nos trajo el recuerdo de esos puentes colgantes que los salvajes tienden entre dos riberas—. Pero he de advertir que la galería estaba dividida en su justa mitad por una gran verja de hierro. En-

tonces, de la verja hacia el lado opuesto, donde nos encontrábamos en el momento de entrar en la casa, los pequeños trozos movibles de madera estaban en su mayor parte arrancados de su sitio o partidos en varios fragmentos, lo que hacía muy difícil el tránsito. Una gran turba de niños de entre cinco y diez años se entretenía en saltar, uno tras otro, sobre los pocos trozos de madera que, como dejo dicho, quedaban en esa segunda sección de la galería.

Ya nosotros habíamos salvado más de la mitad de la sección primera, cuando le confesé a mi compañero que dicha galería me era familiar; pero él no me hacía ningún caso, pues ya tocaba con la punta de sus dedos los barrotos de la gran verja. Ésta no tenía cerrojo y desistimos de abrirla, ya que nada íbamos a resolver con ello: ¿no nos aguardaba, acaso, la segunda sección de la galería con otros tantos trozos movibles de madera, todos destrozados, y también las inevitables burlas y maldades de aquella turba de chiquillos? Por los huecos formados entre trozo y trozo echamos una rápida mirada y comprobamos que debajo existía un enorme pozo o aljibe desecado al que no se le veía término alguno. (Pero no era el caso sorprendernos, pues, o la vista tiene un poder limitado de alcance, o estos aljibes pueden ser ahondados increíblemente.) Vi muy bien que retroceder no entraba en los cálculos de mi compañero, y como yo estaba decidido a que me pagase el café con leche con tostadas, lo miré con gran complicidad, a fin de animarlo a encontrar una salida. Mejor dicho, ya la encontraba yo mismo. Anexa a la galería se veía otra galería de iguales proporciones que la anterior, pero se diferenciaba de aquélla en que carecía por completo de piso, es decir, que se podía pensar que aquel espacio estaba hecho para caminar, transitar, deambular, ir y venir, pero que en realidad no se podía ir ni venir, deambular, transitar o caminar. Pronto hube de comprobar que el arquitecto no había cometido un error de construcción, ni se había permitido esas desagradables libertades de desperdiciar el espacio; sino que la galería era funcional, como el resto de la casa.

Lo era, en efecto. Yo había metido mi cabeza por uno de los ojos de buey practicados en la pared lateral izquierda

de la galería primera (la pared lateral derecha estaba formada por una pesadísima cortina de plomo imposible de levantar o descorrer) y pude observar que como a unos tres metros se veía un reluciente piso de mármol a losas negras y amarillas, que con toda seguridad deformaban el piso de la galería segunda. Mi compañero y yo hicimos pasar nuestros cuerpos por los ojos de buey (es decir, un ojo de buey para cada cuerpo) y vinimos a quedar de pie sobre un pequeño reborde de tres pulgadas. Saltar hubiera sido imposible: tres metros son suficientes para que un hombre cualquiera al caer sobre un piso duro —como lo era con toda seguridad ese mármol— se rompiese la columna vertebral o quedara reventado, no advirtiéndolo sino días después en un baile o en el momento de recoger el pañuelo de una dama. Pero hubimos de comprobar que en el espacio entre el ya citado reborde que nos servía de sustentáculo y el piso de mármol a losas negras y amarillas se advertían unos como a manera de escalones rudimentarios, sin ánimo alguno de carácter ornamental. Al menos, nos iban a servir, nos estaban sirviendo ya para bajar hasta el piso de mármol a losas negras y amarillas. Claro que la bajada era difícil a causa de la molestísima posición que el cuerpo debía adoptar, esto es, que la espalda, necesariamente, debía apoyarse contra los escalones y sólo se podía hacer presión sobre los mismos con los talones; mientras que los brazos, o bien se llevaban hacia adelante, o bien se pegaban como ventosas a esos mismos escalones según lo exigiera el particular equilibrio del descenso.

Pero no pudimos envanecernos de la hazaña. En el momento de poner pie a tierra, vimos que un hombre, tan pequeño como el enano más pequeño del mundo, salía por la puerta que remataba el piso de mármol a losas negras y amarillas. Venía montado en unos zancos que tenían la misma altura de la galería segunda, razón por la cual podía, sin esfuerzo alguno, meter su cuerpo en cualquiera de los ojos de buey. Esto era lo que hacía, precisamente: introduciendo su cuerpo por uno de aquellos ojos de buey, atrapó a tres chiquillos y se dirigió al centro del patio formado por el piso de mármol a losas negras y amarillas; con la pata del zanco derecho hizo accionar un muelle que se veía junto a una especie de jaula y al

momento se abrió una trampa por la que echó a un chiquillo, e hizo lo mismo con los otros dos en otras tantas jaulas que se encontraban junto a la primera. Como es de suponer, tratamos de mirar al interior de las jaulas, pero ya el enano con su vocecilla, que llegaba a nosotros muy disminuida a causa de la altura a que se encontraba, nos advirtió que nada podríamos ver, pues el mimetismo de cada persona (en cada jaula había un hombre) con el color y estructura de la jaula era tan perfecto que nadie, a menos que estuviera en el secreto, podría haber imaginado que en dichas jaulas habitaran seres humanos. Entonces nos explicó que por un precio módico se podía vivir todo el tiempo que uno deseara encarnando en un animal predilecto. Así nos hizo saber que su negocio marchaba viento en popa; que había comenzado con dos señores que gustaban hacer de oso y de cotorra, y que al día de la fecha ya la escala zoológica estaba cubierta, si no totalmente, al menos en su casi totalidad. «Sin contar —nos dijo— con las repeticiones; es curioso ver cómo la especie más solicitada es el tigre. Hay aquí trescientas mil jaulas de hombres que hacen de tigre, a veces tengo que fumigarlos, pues sus rugidos atormentan y aterrorizan a hombres y mujeres que hacen, por ejemplo, de venado o zorra, de conejo o carnero». No pude menos de señalar el limitado espacio de la galería, pero él se sonrió y me dijo que el edificio se iba agrandando según las necesidades. «¿Y cuál es su precio? —le grité yo, pues la altura exigía un aumento de la voz—, ¿cuál es su precio?». Y él, a su vez, me respondía: «El amor infinito a la humanidad».

Pero no pude preguntar más. En ese momento un gran carromato entraba atestado de los alimentos más diversos; allí se mezclaban el alpiste, los cañamones, la yerba de Guinea, el heno, el palmiche, que tanto gusta a los cerdos, el maíz, delicia de las gallinas, y un inmenso brazado de flores repletas de néctar para ser libadas por aquellos que hacían de abejas. El hombrecillo comenzó a distribuir estos alimentos y pudimos ver cómo se abrían innumerables jaulas que nuestros ojos nunca habrían sospechado dónde estaban.

Aprovechando que la puerta estaba completamente abierta a causa de la entrada del carromato, salimos presuro-

samente para encontrarnos en una sala donde seis negros dejaban oír un son que no tenía fin, pues apenas terminaban de ejecutar el compás final, atacaban sin pérdida de tiempo el primero. Uno de ellos nos hizo saber que no cesaban de tocar pues podía darse el caso de que alguna pareja de amantes, deseosa de bailar, entrara en la sala y comprobara con gran desolación, con infinita tristeza, que la orquesta había terminado la pieza. Creía que se burlaba, pero al mirar hacia un ángulo de la sala vi a muchas parejas en actitud de danzar. «Ésas no cuentan para nada —me dijo—, están totalmente sordas y no podrían escuchar ni remotamente un solo sonido. Cada vez que llega la parte del estribillo y los timbales echan chispas de tanto tocar, ellos, como no pueden escucharlo, adelantan el latido de sus corazones, lo que, de acuerdo con la lógica, origina una lesión cardíaca de la cual mueren rápidamente».

Pero no pudimos escuchar por más tiempo sus apasionantes declaraciones: en aquel momento se abrió silenciosamente la puerta de la calle, o que suponíamos que daba a la calle, y nos dispusimos a ganarla, no sin antes aguardar unos segundos con la esperanza de ver aparecer por ella a los amantes que vendrían a bailar. Contra nuestros cálculos la puerta no dio paso a nadie, y permanecía, en cambio, obstinadamente abierta, de tal modo que sus goznes chirriaban y amenazaban saltar por la distensión de sus hojas. Todavía titubeamos mi compañero y yo, pero la circunstancia de ver caer como fulminadas por un rayo a tres de aquellas incontables parejas de hombres y mujeres sordos nos hizo salir atolondradamente. Mi compañero, ya en la calle, me hizo contemplar la fachada del edificio, haciéndome observar su vejez. «Parece —me dijo— del siglo XVIII...», pero no bien había acabado de pronunciar estas palabras cuando hubo de rectificarlas, pues ahora parecía un edificio construido, a lo sumo, diez años antes. El portero (había un portero) nos aclaró que el edificio se iba haciendo y rehaciendo según el más arbitrario designio, y que siempre estaba y estaría en perpetua edificación; que jamás adoptaría una forma definitiva o un estilo determinado.

Ya íbamos a hacer la estéril observación de que muy bien podría ser que el portero y el enano fuesen la misma per-

sona, y esto en razón de esos absurdos paralelismos que verificamos para apreciar un hecho que nada tiene que ver con otro hecho cuya estructura nos induce a compararlo con el primero, cuando la vista de una iglesia nos hizo suspender toda argumentación. Dos mujeres que entraban en ese momento nos invitaron a que las acompañáramos. No había altar alguno y en el centro de la nave se veía una especie de canal de alabastro por donde corría un café negro y humeante. El sacerdote invitaba a los visitantes a dar rápidas vueltas alrededor del canal; el que aceptaba era provisto de una gran taza de loza. Dando vueltas alrededor del canal se sumergía la taza en el café y se bebía sin perder el ritmo de la ronda, que era acompañada alegremente por la melodía de un tango argentino muy en boga por entonces.

Lo que sigue pertenece al orden de la centella, a la velocidad de la luz. Al salir, mi compañero resbaló y vino a quedar totalmente sumergido en un lodazal formado por la lluvia que seguía cayendo con toda inclemencia. Al verse en el fango trató de echarme a mí también, pero yo, asiéndome con todas mis fuerzas a un poste del alumbrado, comencé a dar gritos de auxilio. Entonces acudieron dos policías vestidos de amarillo cuyos uniformes seguían un modelo estrictamente medieval. Fuimos conducidos a presencia de la más alta autoridad, y ésta le impuso a mi compañero la pena de expulsión inmediata de la ciudad y la prohibición expresa de no retornar a ella sino pasados treinta y tres años. Entonces yo fui conducido a un guardarropas y allí mismo se me desnudó haciéndome vestir el chaqué que había usado en la función de la noche anterior el actor que tanto me gustaba ver representar. La más alta autoridad me puso ella misma esta prenda y me ordenó saludar a los amigos. Yo saludé a todos y al pasar frente a un espejo me cubrí el rostro. Acababa de dejar la calle cuando ya mi compañero se aproximaba acompañado de un chino. Me hizo saber que de vuelta del destierro, su único pensamiento era asesinar me por mi negativa a sumergirme en aquel fango tentador. Se me arrojó encima mientras el chino se disponía a apuñalarme, pero a mis voces acudieron los policías, y llevados de nuevo a la más alta autoridad, él fue nuevamente condenado al exilio con

prohibición absoluta de retorno. Cuando se lo llevaban recordé con toda claridad, con magnífica nitidez, que mi asunto era seguirlo sin descanso a fin de que me pagase el café con leche con tostadas.

1944

En el insomnio

El hombre se acuesta temprano. No puede conciliar el sueño. Da vueltas, como es lógico, en la cama. Se enreda entre las sábanas. Enciende un cigarrillo. Lee un poco. Vuelve a apagar la luz. Pero no puede dormir. A las tres de la madrugada se levanta. Despierta al amigo de al lado y le confía que no puede dormir. Le pide consejo. El amigo le aconseja que haga un pequeño paseo a fin de cansarse un poco. Que en seguida tome una taza de tilo y que apague la luz. Hace todo esto pero no logra dormir. Se vuelve a levantar. Esta vez acude al médico. Como siempre sucede, el médico habla mucho pero el hombre no se duerme. A las seis de la mañana carga un revólver y se levanta la tapa de los sesos. El hombre está muerto pero no ha podido quedarse dormido. El insomnio es una cosa muy persistente.

La cara

Una mañana me llamaron por teléfono. El que lo hacía dijo estar en gran peligro. A mi natural pregunta: «¿Con quién tengo el gusto de hablar?», respondió que nunca nos habíamos visto y que nunca nos veríamos. ¿Qué se hace en esos casos? Pues decir al que llama que se ha equivocado de número; en seguida, colgar. Así lo hice, pero a los pocos segundos de nuevo sonaba el timbre. Dije a quien de tal modo insistía que por favor marcase bien el número deseado y hasta añadí que esperaba no ser molestado otra vez, ya que era muy temprano para empezar con bromas.

Entonces me dijo con voz angustiada que no colgase, que no se trataba de broma alguna; que tampoco había marcado mal su número; que era cierto que no nos conocíamos, pues mi nombre lo había encontrado al azar en la guía telefónica. Y como adelantándose a cualquier nueva objeción, me dijo que todo cuanto estaba ocurriendo se debía a su cara; que su cara tenía un poder de seducción tan poderoso que las gentes, consternadas, se apartaban de su lado como temiendo males irreparables. Confieso que la cosa me interesó; al mismo tiempo, le dije que no se afligiera demasiado, pues todo tiene remedio en esta vida...

—No —me dijo—. Es un mal incurable, una deformación sin salida. El género humano se ha ido apartando de mí; hasta mis propios padres hace tiempo me abandonaron. Me trato solamente con lo menos humano del género humano, es decir, con la servidumbre... Estoy reducido a la soledad de mi casa. Ya casi no salgo. El teléfono es mi único consuelo, pero la gente tiene tan poca imaginación... Todos, sin excepción, me toman por loco. Los hay que cuelgan diciendo frases destempladas; otros, me dejan hablar y el premio es una carcajada estentórea; hasta los hay que llaman a personas que están

cerca del aparato para que también disfruten del triste loco. Y así, uno por uno, los voy perdiendo a todos para siempre.

—Quedé conmovido, pero también pensaba que me la estaba viendo con un loco; sin embargo, esa voz tenía un tal acento de sinceridad, sonaba tan adolorida que me negaba a soltar la carcajada, dar el grito y cortar la comunicación sin más explicaciones. Una nueva duda me asaltó. ¿No sería un bromista? O sería la broma de uno de mis amigos queriendo espolear mi imaginación (soy novelista). Como no tengo pelos en la lengua se lo solté.

—Bueno —dijo filosóficamente—. Yo no puedo sacarle esa idea de la cabeza; es muy justo que usted desconfíe, pero si usted tiene confianza en mí, si su piedad alcanzara a mantener esta situación, ya se convencerá de la triste verdad que acabo de confiarle —y sin darme tiempo para nuevas objeciones, añadió—: Ahora espero la sentencia. Usted tiene la palabra. ¿Qué va a ser? —murmuró con terror—. ¿Una carcajada, un grito?

—No —me apresuré a contestar—. No lo voy a dejar desamparado; eso sí —añadí—, sólo hablaré con usted dos veces por semana. Soy una persona con miles de asuntos. Desgraciadamente, mi cara sí la quieren ver todos o casi todos. Soy escritor, y ya sabe usted lo que eso significa.

—Loado sea Dios —respondió—. Usted me detiene al borde del abismo.

—Pero —lo interrumpí— temo que nuestras conversaciones tengan que ser suspendidas por falta de tema. Como no tenemos nada en común, ni amigos comunes, ni situaciones de dependencia, como, por otra parte, no es usted mujer (ya sabe que las mujeres gustan de ser enamoradas por teléfono), creo que vamos a bostezar de aburrimiento a los cinco minutos.

—También yo he pensado lo mismo —me contestó—. Es el riesgo que se corre entre personas que no pueden verse la cara... Bueno —suspiró—. Nada se pierde con probar.

—Pero usted —le objeté—, si fracasamos, usted se va a sentir muy mal. ¿No ve que puede ser peor el remedio que la enfermedad?

No me fue posible hacerlo desistir de su peregrina idea. Hasta se le ocurrió una de lo más singular: me propuso que asistiéramos a diferentes espectáculos para cambiar impresiones. Esta proposición, que al principio casi tuvo la virtud de irritarme, acabó por hacerse interesante. Por ejemplo, me decía que asistiría al estreno de la película tal a tal hora... Yo no faltaba. Tenía la esperanza de adivinar esa cara, seductora y temible, entre los cientos de personas que colmaban la sala de proyección. A veces mi curiosidad era tan intensa, que imaginaba a la policía cerrando las salidas, averiguando si no había en el cine una persona con una cara seductora y temible. Pero ¿puede ser ésta una pista infalible para un esbirro? Lo mismo puede tener cara seductora y temible el mágico joven que el malvado asesino. Hechas estas reflexiones me apaciguaba, y cuando volvíamos a nuestras conferencias por teléfono, y yo le contaba estas rebeldías, él me suplicaba, con voz llorosa, que ni por juego osase nunca verle la cara, que tuviese por seguro que tan pronto contemplara yo su «cara sobrecogedora», me negaría a verlo por segunda vez. Que él sabía que yo me quedaría tan campante, pero que pensase en todo lo que él perdería. Que si yo le importaba un poco como desvalido ser humano, que nada intentase con su cara. Y a tal punto se puso nervioso que me pidió permiso para que no coincidiéramos, en adelante, en ningún espectáculo.

—Bien —le dije—. Concedido. Si usted lo prefiere así, no estaremos más «juntos» en parte alguna. Pero será con una condición...

—Con una condición... —repitió débilmente—. Usted me pone condiciones y me pone aprietos. Ya me imagino lo que va a costarme la súplica.

—La única que usted no podría aceptar sería vernos las caras... Y no, esa nunca la impondría. Me interesa usted bastante como para acorralarlo.

—Entonces, ¿qué condición es ésa? Cualquiera situación que usted haya imaginado será siempre temeraria. Piénselo —me dijo con voz suplicante—. Piénselo antes de resolver nada. Por lo demás —añadió—, estamos tan seguros a través del hilo del teléfono...

—¡Al diablo su teléfono! —casi grité—. Yo tengo absoluta necesidad de verlo a usted. ¡No, por favor! —me excusé, pues sentí que casi se había desmayado—. ¡No, no quiero decir que tenga que verle la cara expresamente! Yo nunca osaría vérsela; sé que usted me necesita y aun cuando muriese literalmente de ganas de contemplar su cara, las sacrificaría por su propia seguridad. Viva tranquilo. No, lo que quiero decir, es que yo también sufro. No es a usted sólo a quien su cara juega malas pasadas, a mí también me las juega... Quiere obligarme a que yo la vea; quiere que yo también lo abandone.

—No había previsto esto —me respondió con un hilo de voz—. ¡Maldita cara que, hasta oculta, me juega malas pasadas! Cómo iba a imaginar yo que usted se desesperaría por contemplarla.

Hubo un largo silencio; estábamos muy conmovidos para hablar. Finalmente, él lo rompió: «¿Qué hará usted ahora?».

—Resistir hasta donde pueda, hasta donde el límite humano me lo permita..., hasta...

—Sí, hasta que su curiosidad no pueda más —me interrumpió con marcada ironía—. Ella puede más que su piedad.

—¡Ni una ni otra! —casi le grité—. ¡Ni una ni otra!... No es que haya sido «exclusivamente» piadoso con usted. También hubo de mi parte mucho de simpatía —añadí amargamente—. Y ya lo ve, ahora me siento tan desdichado como usted.

Entonces él juzgó prudente cortar la tensión con una suerte de broma, pero el efecto que me produjo fue deprimente. Me dijo que ya que su cara tenía la virtud de «sacarme de mis casillas», él daba por concluidas nuestras entrevistas, y que, en adelante, buscaría una persona que no tuviera la curiosidad enfermiza de verle la cara.

—¡Eso nunca! —imploré—. Si usted hiciese tal cosa, me moriría. Sigamos como hasta ahora. Eso sí —añadí—, hágame olvidar el deseo de verle la cara.

—Nada puedo hacer —me contestó—. Si fracaso con usted, será el fin.

—Pero al menos déjeme estar cerca de usted —le supliqué—. Por ejemplo, le propongo que venga a mi casa...

—Usted bromea ahora. Ahora le toca a usted ser el bromista. Porque eso es una broma, ¿no?

—Lo que yo le propongo —aclaré— es que usted venga a mi casa, o yo a la suya; que podamos conversar frente a frente en las tinieblas.

—¡Por nada del mundo lo haría! —me dijo—. Si por teléfono ya se desespera, qué no será a dos dedos de mi cara...

Pero le convencí. Él no podía negarme nada, así como tampoco yo podía negarle nada. El «encuentro» tuvo lugar en su casa. Quería estar seguro de que yo no le jugaría una mala pasada. Un criado que salió a atenderme al vestíbulo me registró cuidadosamente.

—Por orden del señor —advertió.

No, yo no llevaba linterna, ni fósforos: nunca hubiera recurrido a expedientes tan forzados, pero él tenía tal miedo de perderme que no alcanzaba a medir lo ridículo y ofensivo de su precaución. Una vez que el criado se aseguró de que yo no llevaba conmigo luz alguna, me tomó de la mano hasta dejarme sentado en un sillón. La oscuridad era tan cerrada que yo no habría podido ver el bulto de mi mano pegada a mis ojos. Me sentí un poco inmaterial, pero, de todos modos, se estaba bien en esa oscuridad. Además, por fin iba yo a escuchar su voz sin el recurso del teléfono, y lo que es más conmovedor, por fin estaría él a dos dedos de mí, sentado en otro sillón, invisible, pero no incorpóreo. Ardía en deseos de «verlo». ¿Es que ya estaba, él también, sentado en un sillón o todavía demoraría un buen rato en hacer su entrada? ¿Se habría arrepentido, y ahora vendría el criado a decírmelo? Comencé a angustiarme. Acabé por decir:

—¿Está usted ahí?

—Mucho antes que usted —me contestó su voz que sentí a muy corta distancia de mi sillón—. Hace rato que le estoy «mirando».

—Yo también le estoy «mirando». ¿Quién osaría ofender al cielo, pidiendo mayor felicidad que ésta?

—Gracias —me contestó con voz temblorosa—. Ahora sé que usted me comprende. Ya no cabe en mi alma la desconfianza. Jamás intentará usted ir más allá de estas tinieblas.

—Así es —le dije—. Prefiero esta tiniebla a la tenebrosidad de su cara. Y a propósito de su cara, creo que ha llegado el momento de que usted se explique un poco sobre ella.

—¡Pues claro! —y se removió en su asiento—. La historia de mi cara tiene dos épocas. Hasta que fui su aliado, cuando pasé a ser su enemigo más encarnizado. En la primera época, juntos cometimos más horrores que un ejército entero. Por ella se han sepultado cuchillos en el corazón y veneno en las entrañas. Algunos han ido a remotos países a hacerse matar en lucha desigual, otros se han tendido en sus lechos hasta que la muerte se los ha llevado. Tengo que destacar la siguiente particularidad: todos esos infelices espiraban bendiciendo mi cara. ¿Cómo es posible que una cara, de la que todos se alejaban con horror, fuese, al mismo tiempo, objeto de postreras bendiciones?

Se quedó un buen rato silencioso, como el que en vano busca de hallar una respuesta. Al cabo, prosiguió su relato:

—Este sangriento deporte (al principio, apasionante) se fue cambiando poco a poco en una terrible tortura para mí. De pronto, supe que me iba quedando solo. Supe que mi cara era mi expiación. El hielo de mi alma se había derretido, yo quise redimirme, pero ella, en cambio, se contrajo aún más, su hielo se hizo más compacto. Mientras yo aspiraba, con todo mi ser, a la posesión de la ternura humana, ella multiplicaba sus crímenes con saña redoblada, hasta dejarme reducido al estado en que usted me contempla ahora.

Se levantó y comenzó a caminar. No pude menos que decirle que se tranquilizara, pues con semejantes tinieblas pronto daría con su cuerpo en tierra. Me aclaró que sabía de memoria el salón y que en prueba de ello haría el *tour de force* de invitarme a tomar café en las tinieblas. En efecto, sentí que manipulaba tazas. Un débil resplandor me hizo saber que acababa de poner un jarro con agua sobre un calentador eléctrico. Miré hacia aquel punto luminoso. Lo hice por simple reflejo ocular; además, él estaba tan bien situado que tan débil

resplandor no alcanzaba a proyectar su silueta. Le gasté una broma sobre que yo tenía ojos de gato, y él me contestó que cuando un gato no quiere ver a un perro sus ojos son los de un topo... Se puso tan contento con el hecho de poder recibir en su casa, a pesar de su cara, a un ser humano y rendirle los sagrados honores de la hospitalidad, que lo expresó por un chiste: me dijo que como el café se demoraba un poco podía distraerme «leyendo una de las revistas que estaban a mi alcance, sobre la mesa roja con patas negras...».

Dos días más tarde, haciendo el resumen de la visita, comprobaba que se había significado por un gran vacío. Pero no quise ver las cosas demasiado negras, y pensé que todo se debía a una falta de acomodo a la situación creada. En realidad —me decía—, todo pasa como si no existiese esa prohibición terminante de vernos las caras. ¿Qué importancia tiene, después de todo, un mero accidente físico? Por otra parte, si yo llegara a verla, probablemente me perdería yo, perdiéndolo a él de paso. Pero, en relación con esto, si su alma actual no está en contubernio con su cara, no veo qué poder podría tener ella sobre la cara del prójimo. Porque supongamos que yo veo al fin su cara, que esta cara trata de producir en mi cara un efecto demoledor. Nada lograría, pues su alma ¿no está ahí, lista para parar el golpe de su cara? ¿No está ahí pronta a defenderme, y lo que es más importante, a retenerme?

En nuestra siguiente entrevista le expuse todos estos razonamientos; razonamientos que me parecieron tan convincentes, que ni por un momento dudé que iba a levantarse para inundar de luz su tétrico salón. Pero cuál no sería mi sorpresa al oírle decir:

—Usted ha pensado en todas las posibilidades, pero olvida la única que no podría ser desecheda...

—Cómo —grité—, ¿es que existe todavía una posibilidad?

—Claro que existe. No estoy seguro de que mi alma vaya a defenderlo a usted de los ataques de mi cara.

Me quedé como un barco que es pasado a ojo por otro barco. Me hundí en el sillón y más abajo del sillón, hundido en el espeso fango de esa horrible posibilidad. Le dije:

—Entonces su alma ¿no está purificada?

—Lo está. No me cabe la menor duda, pero ¿y si mi cara asoma la oreja? Ahora bien, si la cara se mostrase, no sé si mi alma se pondría contra ella o a favor de ella.

—¿Quiere decir —vociferé— que su alma depende de su cara?

—Si no fuera así —me respondió sollozando— no estaríamos sentados en estas tinieblas. Estaríamos viéndonos las caras bajo un sol deslumbrador.

No le respondí. Me pareció inútil añadir una sola palabra. En cambio, dentro de mí, lancé el guante a esa cara seductora. Ya sabía yo cómo vencerla. Ni me llevaría al suicidio ni me apartaría de él. Mi próxima visita sería quedarme definitivamente a su lado; a su lado, sin tinieblas, con su salón lleno de luces, con las caras frente a frente.

Poco me queda por relatar. Pasado un tiempo, volví por su casa. Una vez que estuve sentado en mi sillón le hice saber que me había saltado los ojos para que su cara no separase nuestras almas, y añadí que como ya las tinieblas eran superfijas, bien podrían encenderse las luces.

1956